

ABEL ARANA

— *Esto te pasa por* —

INFLUENCER




ESPASA

ABEL ARANA

ESTO TE PASA POR *INFLUENCER*



ESPASA © NARRATIVA

© Abel Arana, 2020

Por la canción «You Don't Know My Love», cortesía de Xabier Grey

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Espasa Libros, sello editorial
de Editorial Planeta, S.A.

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 27.147-2019

ISBN: 978-84-670-5764-0

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain
Impresión: Unigraf, S. L.

Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

«La vida es un juicio, Luci, y yo no sé si vas a salir bien parada».

Que tu abuela te diga esto justo antes de morir es una putada. La mujer podía haber escogido el «has sido una nieta buenísima» o el «que no me entierren boca abajo» de toda la vida. Pero no. Su abuela fue así hasta el último suspiro. Lo que Lucía no sabía era por qué esas palabras le habían venido a la cabeza al ver los dos rascacielos inclinados de plaza Castilla a través de las ventanillas del autobús de línea que le traía del pueblo. Lo mismo era que los rascacielos amenazaban con venírsele encima en el momento menos pensado, como las palabras de la abuela.

«Tanta paz lledes como dejas, abuela», pensó.

Estaba nerviosa, nerviosísima, y le parecía todo gigante. Y ya echaba de menos todo. O se tranquilizaba o iba a terminar con un Puerto Hurraco emocional de tomo y lomo. Venir a Madrid a hacer unos estudios de hostelería no había sido una decisión fácil, pero todos los caminos tienen curvas y Lucía sabía que el sueño de su vida, que era montar un hotelito rural en una casa que le había dejado, fíjate, su abuela, pasaban por eso, por formarse para convertirse en la reina del turismo rural y poder envejecer junto a Jesús, su novio de toda la vida y socio en el futuro hotel.

«No me gusta nada para ti, tiene cara de vaca mirando al tren».

Así describía su abuela a Jesús, el hombre que le había robado el corazón a los catorce años en el pueblo. Para nada tenía Jesús esa cara. Jesús era un hombre de pocas palabras,

pero un hombre bueno, y que tuviese un cuerpo recio ayudaba, que Jesús era hijo de ganaderos que habían vivido tiempos mejores y se pasaba media vida en el campo «oveja para arriba, oveja para abajo». La dureza de Jesús también la tenía muy enamorada, que una cosa es ser de pueblo y otra es ser lerda, que a los pueblos también llega internet y una está enterada de todo. Lucía era tan moderna que hasta tenía Instagram. Con treinta y siete seguidores, que casi todas eran primas, pero tenía Instagram.

«¿Un hotel? ¿Para estar limpiando la mierda de otros toda la vida?».

No, su abuela tampoco la apoyaba en lo del hotel. Por eso le sorprendió tanto que le dejara la casita frente al lago de herencia. Un sitio perfecto con las vistas más bonitas del mundo. La culminación de su sueño con Jesús. Lo de las películas americanas...

La interrumpió el teléfono.

—¡Ya te estoy esperando en la estación! ¡Madre mía, qué ilusión!

Era Puri, la hija de una prima de su madre con la que había coincidido hace años en alguna comunión y con la que iba a compartir piso mientras estaba en Madrid. Porque ni loca la iban a dejar sus padres venirse a la aventura, que imagínate que compartes piso con una loca o un traficante o un diseñador gráfico o vete tú a saber qué. Que en Madrid hay de todo y como estás con una prima no estás con nadie. Aunque lleves diez años sin ver a esa prima y se haya convertido en adoradora de un culto satánico y toque la guitarra eléctrica. La tranquilidad que te da una prima no te la da nadie.

—Oye, que me estoy meando mogollón —le dijo el otro.

—Ya estamos llegando, que no queda nada...

Una señora que estaba dos asientos más adelante se dio la vuelta y la miró con cara de «qué loca estás, hija mía». La historia de su vida.

Antes de llegar a la estación, junto a una marquesina, vio el anuncio de una colonia en el que aparecía Claudia Mora,

su *influencer* favorita. Tan rubia, tan delgada, con esos ojos tan azules y esos dientes tan blancos, balanceándose en un columpio del Caribe como si no hubiera hecho otra cosa en su vida. A veces fantaseaba con que se encontraba a Claudia por la calle, la paraba para pedirle un *selfie*, se hacían amigas y Claudia la convertía en una especie de belleza inalcanzable, y estarían todo el día juntas bebiendo zumos verdes y fotografiando platos llenos de quinoa y yendo a todas las fiestas. Qué suerte la de Claudia Mora, que no tenía que irse de su pueblo para estudiar y estar lejos de su novio. Porque vaya novio tenía Claudia Mora y cómo cantaba ese hombre, por favor, que era abrir la boca y a ti se te desabrochaba automáticamente el sujetador. Estaba completamente segura de que Jesús y el marido de Claudia Mora se iban a llevar de maravilla. Hasta podría venir al pueblo a rodar un videoclip. Imagínate.

—¡Pero, por favor! ¡Hay que ver lo... ¿grande...? que estás!
—le dijo Puri antes de abrazarla como un koala.

GRANDE.

La palabra que usa la gente cuando no te quiere llamar gorda. O rellenita. O maciza. O fondona. O *curvy*, que lo de *curvy* clama al cielo. Gracias a Instagram había descubierto que había tropecientas maneras de no llamarte gorda. Pero vamos, que muy *curvy*, pero que al final lo que te estaban llamando es gorda.

—¡Ay, madre! —exclamó Puri—. ¿Y esta monada?

Esta monada era King, su perro. Una especie de pincher mezclado con chihuahua asesino que, para que te hagas idea, era como un dóberman en miniatura. Y «esta monada» estaba meando la maleta de un matrimonio simpatiquísimo que había viajado con ellos.

—¡Dile a la loca esta que ni se le ocurra levantarme del suelo y abrazarme! —dijo King.

Puri no dejaba de abrazarla, de ayudarle a recoger las dos maletas, de decirle lo felices que iban a ser juntas, de decirle que la iba a llevar a comer *pizza* a un sitio maravilloso porque

ella tenía pinta de que le volvía loca la *pizza* y que no se preocupase, que ella sacaba por las mañanas a «esta monada» a hacer pipí. Todo a la vez. Si Puri fuese un animal, sería esa ardilla de *Ice Age* que está loca perdida persiguiendo una bellota. Porque Puri —le había contado su madre— era un poco la rara de la familia y se había venido a Madrid a estudiar criminología porque ella lo que quería era ir a descubrir crímenes fuese como fuese. Puri no vivía, Puri sospechaba, y para ella la vida era una conspiración constante. Desde luego otra cosa no, pero entretenida iba a estar.

—Bueno, bueno, buenooo —le dijo Puri emocionada—, que hasta que te he visto bajar del autobús no me lo creía..., que te voy a hacer un carné de madrileña, prima...

—Van a ser sólo unos meses, Puri, que no me voy a quedar para siempre...

—También dijiste que nunca te teñirías de rubia y mira cómo llevas la cabeza —dijo King.

—Uy, eso decimos todas —contestó Puri—, pero luego vienes aquí y esto te atrapa, maja. Hasta he llegado a pensar que nos ponen algo en el agua, que aquí el agua del grifo está que te mueres, para que no nos vayamos de aquí, que mira que he investigado y no he conocido yo a ninguna que venga aquí y luego se vuelva al pueblo...

—A ver si voy a ser yo la excepción —le contestó Lucía.

Puri hizo como que no la escuchaba y Lucía comprobaría tiempo después que cuando Puri cree en algo, ella es inquebrantable. Si Puri cree que los ovnis existen, es porque ella ha estado en varios y ha tenido conversaciones de alto impacto con entes de varias galaxias. Ella era así. Lo que Puri no tenía controlado era lo de cómo meter las dos maletas en ese coche. Porque eso no era un coche, eso era una especie de moto cubierta.

—Ahora mismo te pido un Cabify que te lleve a casa, como que me llamo Puri —le dijo—, y luego nos cogemos el metro y nos venimos a por el coche, que aquí todo es muy europeo y el perrito puede viajar en metro con nosotras...

—¿Más transporte público? ¿En serio? —le dijo King con la mirada.

Puri le explicó que ahora lo moderno era cogerte un Cabify, que los taxis sólo los utilizan señores que huelen a puro y concejales de Podemos, y que es un coche oscuro donde te regalan un tetrabrik de agua mineral y el conductor te pregunta si tienes calor y si te molesta que escuche *Los 40 principales*.

A Lucía se le estaban empezando a amontonar las cosas. King no estaba contento y era cuestión de tiempo que mordiera a Puri y/o se meara encima de su ropa, que menudo es un dóberman enano para las venganzas. El coche las recogió enseguida y mientras atravesaban enormes avenidas se preguntaba si ella, aunque fueran unos meses, iba a encajar entre tantos millones de personas, tantas luces, tantos coches, la gente andando tan rápido.

Desgraciadamente, el primer impacto de Madrid en Lucía no iba a tardar en explotar.

Llega a saberlo antes y se tira del autobús en marcha.

Dos días después estaba extenuada. Cuando oyó a Puri cerrar la puerta, decidió que necesitaba un baño con mucha espuma y música de la que oían ella y Jesús por las noches en el campo. Agotada. Puri se había propuesto enseñarle Madrid en cuarenta y ocho horas, y vaya si lo hizo. Los arrastró a King y a ella del Palacio Real al Museo del Prado, pasando por la Puerta de Alcalá, que Puri le informó que desde que Ana Belén y Víctor Manuel la inmortalizaran en una canción, era el sitio donde hacerse el primer *selfie* madrileño. Lucía no recordaba del todo quiénes eran Ana Belén y Víctor Manuel, pero le hizo caso a Puri porque tenía la sensación de que llevarle la contraria podía tener consecuencias devastadoras.

Notó las cosquillas de la espuma en los tobillos al meter los pies en la bañera. El agua caliente le proporcionó, por primera vez en dos días, una sensación de confort. De repente, si cerraba los ojos, no estaba tan lejos de Jesús y el pueblo. Había encendido una vela con olor a vainilla que Puri le había aconsejado comprar en una tienda eco y se disponía a relajarse por completo poniendo la música cuando lo oyó:

—Tenemos que hablar, guapa —le dijo King. Se había subido a la tapa del inodoro y tenía cara de muy pocos amigos—. ¿A ti te parece normal esto?

—Normal... ¿el qué? —le preguntó, convencida de que el momento relajación estaba perdido para siempre.

—Me sacas del pueblo y pretendes que salga tres veces a la calle y que haga mis cosas en un árbol que está a punto de morirse porque todo el mundo mea ahí. Me metes en una

casa que huele a humedad con una loca que se cree la rubia de CSI. Tenemos que vivir en una habitación y no sé tú, pero yo, que tengo un oído de alto alcance, llevo dos días oyendo a los del cuarto pelearse y follar, por ese orden.

—Esa boca, King, que soy tu madre...

Lo de King iba a ser un problema. Tenía ya cuatro años y había dejado atrás una adolescencia complicadísima en la que las hormonas le obligaban a frotarse contra cualquier cosa que respirase. En el pueblo, la gente veía a King y se cambiaba de acera, y una vez se enteró de que las hijas de la de la mercería le llamaban el Masturbador.

Lucía y King hablaban. Telepáticamente, pero hablaban. Y Lucía era la única que le podía oír, para su desgracia. Todo esto pasó una noche en las fiestas del pueblo que, de lo emocionada —y borracha— que estaba, se estampó viva del escenario al suelo cuando intentaba seguir la coreografía de un pasodoble tecno para pasmo de su madre, sus primas y sus tías, y se dio un golpe en la cabeza terrible al caer al foso. Se levantó rapidísima, más que nada por vergüenza, y aunque parecía que no tenía nada más que un chichón, Jesús acudió raudo y veloz a su rescate y se empeñó en llevarla al centro de salud. Fue al volver a casa, cuando el perro se subió a la cama y le dijo:

—Lo que me faltaba, que mi madre se haya abierto la cabeza porque iba borracha perdida y se haya caído del escenario llevándose a media orquesta por delante... Menudo ejemplo eres, mamá.

El grito que dio al escuchar al perro fue de tal envergadura que toda la familia se presentó de golpe en su cuarto y varias vecinas llamaron a la puerta por si pasaba algo. Años después, esas vecinas siguen pensando que ella está loca.

Tranquilizó a la familia diciéndoles que había tenido una pesadilla y que no pasaba nada. Cuando se fueron, buscó en la habitación a King y no lo veía. Pero escuchaba una risilla irritante. Lo encontró debajo de la cama haciendo la croqueta de la risa.

—¿En serio me has hablado o me he vuelto loca? —le preguntó, agachada a cuatro patas con la cabeza vendada debajo de la cama.

—Yo te he hablado siempre, pero tú no me escuchabas —le dijo King.

—Pero ¿y esto? ¿En serio estoy hablando con mi perro?

—Va a ser que sí —le contestó justo antes de lamerse un testículo.

—¿Y sólo te oigo yo?

—Sólo tú.

Se subió a la cama y empezó a pensar que lo mismo era la medicación porque sentía mucha presión en la cabeza, y le costó mucho conciliar el sueño porque los puntos le tiraban. No hacía más que dar vueltas en la cama y se tomó un orfidal porque la vida estaba empezando a superarle y tenía miedo de que la internaran para siempre. O esto se arreglaba o ella se quedaba sola, sin novio, sin familia y pellizcando cristales en algún sitio del Pirineo.

Gracias a la pastilla durmió como un lirón. Abrió los ojos lentamente y comprobó a través de las rendijas de la persiana que la primavera ya mostraba sus primeras luces y que iba a ser un día precioso. La pesadilla de las últimas cuarenta y ocho horas había sido eso, una pesadilla.

—¿Quieres desayunar? —escuchó.

—Ahora voy, papá —contestó.

Se produjo un silencio.

—No soy tu padre.

Se levantó de la cama como un resorte y lo vio justo enfrente, entre sus piernas y sonriendo. No era una pesadilla. El perro le hablaba.

—Hola —le dijo, moviendo el rabito—, ¿ya estás mejorcita?

Se volvió a desmayar.